

ALFAGUARA



Rodrigo Rey Rosa

1986

Cuentos completos

Índice

NOTA DEL AUTOR	11
EL CUCHILLO DEL MENDIGO (1985)	
La entrega	17
La señal	23
El camino se dobla	27
La salida del sol	35
El monasterio	39
El hijo del brujo	43
Una creencia popular	45
El lecho del río	47
El Hijo y el Padre	51
La llave perdida	53
El cuchillo del mendigo	57
Informes de Cahabón	61
El corazón de dios	65
La lluvia y otros niños	67
Un gato amarillo	69
Nueve ocasiones	71
Sueños repetidos	77
El animal	81
Un prisionero	83
El cuarto umbroso	85
El vidente	87

EL AGUA QUIETA (1989)	
La prueba	91
Polvo en la lengua	97
La razón	103
El entierro	107
El agua quieta	111
Coralia	117
El pagano	123
Angélica	129
El huésped	133
Gente de la cabeza	137
Xquic	145
CÁRCEL DE ÁRBOLES (1991)	
Prólogo	155
Cárcel de árboles	161
Epílogo	193
LO QUE SOÑÓ SEBASTIÁN (1994)	
La peor parte	199
Cabaña	211
NINGÚN LUGAR SAGRADO (1998)	
Nota	219
El Chef	221
Poco-loco	223
Negocio para el milenio	235
Hasta cierto punto	251
Vídeo	263
Ningún lugar sagrado	267
Coincidencia	293
La niña que no tuve	295
OTRO ZOO (2005)	
Otro zoo	301
Gracia	313

El hijo de Ash	327
Finca familiar	341
Siempre juntos	379
OTROS CUENTOS	
Entrevista en Ronda	385
Desventajas de la santidad	391
1986	399
Gorevent	429

El cuchillo del mendigo

1985

La entrega

La luz del cuarto estaba encendida. Eran las cuatro y media de una mañana de diciembre. Lo despertó la voz de un viejo amigo de su padre que gritaba desde fuera: «Llamaron. Dicen que vayas a la plaza de Tecún». Él no respondió, se incorporó en la cama, se pasó la mano por la cara y el pelo, y se volvió a acostar, para quedar inmóvil, la mirada fija en el techo. Luego se descubrió y se levantó con rapidez; estaba vestido. Revisó su billetera y se agachó para sacar un bulto de debajo de la cama: una bolsa de viaje negra. Tanteó su peso y se la echó al hombro. Apagó la luz, salió del cuarto y bajó las escaleras con olor a madera recién encerada. Cruzó una antesala y siguió por un corredor. El hombre que lo había despertado lo aguardaba en el zaguán, con una sonrisa compasiva, pero él pasó a su lado sin hacerle caso y salió por la puerta. «Como un sonámbulo», pensó el otro. En el garaje había un automóvil gris. Metió la bolsa en el baúl, se puso al volante y arrancó.

Las calles estaban desiertas. Se dio cuenta de que había llovido, y de lo familiar que le era el reflejo de los faros y las luces verdes y rojas sobre el asfalto mojado; se dio cuenta de que temblaba de frío. «La plaza de Tecún», se dijo, y sonrió mecánicamente. «¿Por qué me da risa?» En vez de buscar la explicación, hizo un esfuerzo por dejar de pensar; se concentró en el momento presente. Poco después dobló a una avenida muy iluminada; ahora que la recorría él solo, imaginaba un túnel enorme. No sentía angustia; lo que estaba haciendo había sido ordenado por una fuerza indiscutible, una de esas cosas «más importantes que la vida misma».

El trayecto hasta la plaza de Tecún fue de cierta manera placentero; reinaba el silencio, y había logrado mantener

en paz sus pensamientos. Era como revivir una noche lejana; se observaba a sí mismo como quien observa un rito, con inocencia, con una especie de temor. Cuando llegó a la plaza se vio impresionado por la silueta de la estatua. Estacionó lentamente y encendió una linterna. Anduvo hasta el pedestal y notó que la lanza y los gigantescos pies de la estatua estaban corroídos por el óxido. En el suelo había una piedra del tamaño de un puño cerrado y, debajo, un papel blanco. Levantó la piedra y tomó el papel. De vuelta en el auto, lo desdobló rápidamente. Leer las palabras ahí escritas fue como pronunciar una fórmula. (El futuro inmediato y el pasado inmediato irrumpieron como agujas en la burbuja artificial del momento presente.) «Conduzca a cincuenta kilómetros por hora. Baje las cuatro ventanillas. Siga la línea roja indicada en el mapa.»

Al dejar de analizar sus propias reacciones, había conseguido no imaginar la apariencia de las personas que gobernaban su destino, pero ahora sus reflexiones incluyeron la presencia de una voluntad humana; comenzaba a entrever sus facciones. Examinó el mapa; la línea roja era una callecita que daba a la plaza. Bajó las ventanillas y siguió.

Mientras avanzaba calle abajo, iba aumentando su aversión; los canales de su memoria reflúan. Aunque las circunstancias no dejaban de parecerle extrañas, fue adquiriendo la sensación de que llevaba a cabo una rutina. La línea que representaba su camino convergía al final con la calle del mercado. Se vio obligado a conducir más despacio; hombres cargados con costales y cajas cruzaban la calle taciturnos, parecían que andaban con los ojos cerrados. Volvió a mirar el mapa, y se estacionó frente a un puesto de verduras. Un hombre salió de detrás de unos toneles blancos que estaban en la acera y le hizo una seña. Él abrió la portezuela trasera, y el extraño, seguido por otros dos hombres, subió al auto. Nadie dijo nada. Él estaba pálido, y aún temblaba de frío. «¿Adónde?», preguntó. «¡Adelante! ¡Adelante!», le ordenó una voz desde atrás.

No había salido el sol, pero ya estaba claro. La calle fue despejándose de gente. «Vamos más rápido», le dijeron. Atravesaron la ciudad en dirección al norte. Conducía con calma; se daba cuenta de todo al avanzar. Veía pasar las puertas, las ventanas y los muros, y luego las arboledas y el paisaje a derecha y a izquierda del camino, pero nada entraba en su conciencia. Imaginó la cara de un hombre rayada por la línea roja del mapa; era como una forma producida por un mago, y así, inesperadamente, desapareció. «Ya está lejos la ciudad», se dijo.

Uno de los hombres habló: «Deténgase bajo esos pinos», y señaló a la derecha del camino. Le fue necesario frenar con violencia. Entonces advirtió que un auto blanco se acercaba en sentido contrario; se detuvo junto a ellos. Le ordenaron que se bajara y, a empujones, le hicieron subir al otro vehículo. Cuatro manos le sujetaron los brazos y alguien le puso unos anteojos velados. Oyó una voz agria que decía: «Sí, es el dinero». Se oyó el sonido explosivo del baúl al cerrarse. Hubo un rechinado de neumáticos, y él comprendió que se llevaban su auto. «Ya tienen lo que querían», pensó. «¿Por qué me hacen esto?» Luego, lentamente, el auto en que él estaba empezó a andar. «¿Qué pasa?», preguntó. La respuesta fue un golpe seco en la región del hígado. Sintió náuseas, quiso doblarse hacia adelante pero se lo impidieron: vomitó un poco de saliva y un líquido amarillo. Después olió alcohol, y sintió una fricción fría en la nuca. «Lo vamos a dormir», le dijeron, y lo sorprendió el pinchazo de una aguja. «Van a matarme», dijo en voz alta. Se le nubló la vista, oyó un zumbido intenso. Quiso decir algo, y vio que no podía articular. Los dos hombres que estaban a su lado lo acomodaron a los pies del asiento y lo cubrieron con una manta verde. Su mejilla botaba contra el suelo del auto y lo abrumaban las vibraciones del motor. Advirtió que su respiración perdía fuerza, y en sus adentros sintió: «Estoy muriendo». Sus ojos estaban abiertos, pero el contorno de las cosas era irreal. «¿Adónde me llevarán? —se preguntó—, si ya no hace falta que vaya a ningún sitio».

Se dirigieron a la ciudad. Tomaron por una de las vías principales, doblaron dos o tres esquinas, y entraron en una casa con un jardín grande y bien cuidado. Entre tres hombres lo metieron a la casa, y lo llevaron a un cuarto subterráneo. Allí había un catre de tijera, un cubo de agua y un rintero de libros. Lo acostaron en el catre, y uno de ellos, el más joven, se sentó en una silla junto a la puerta. Los otros salieron y corrieron el cerrojo por fuera.

Permaneció inconsciente durante mucho tiempo. Abrió los ojos y movió lentamente las pupilas. «El infierno», pensó, y el pensamiento resonó y resonó en su interior, pero cada vez más débilmente. Intentó mover una mano y no lo consiguió; le parecía que su corazón descansaba largamente entre latido y latido. No le fue posible elaborar otra frase; las ideas aparecían y desaparecían, una tras otra, inconexas.

Era ya de noche cuando alguien bajó corriendo las escaleras del sótano, dio dos golpes a la puerta, descorrió el cerrojo y entró. «Los agarraron —le dijo al que hacía guardia— con el dinero. Tenemos que sacarlo de aquí». Entre los dos lo levantaron del catre, lo subieron al garaje, lo volvieron a meter en el auto. Arrancaron y salieron a la calle. Cruzaron la ciudad con precaución y tomaron la autopista del oeste. Después de andar unos minutos, estacionaron en una curva muy abierta. Lo sacaron del auto y lo pusieron boca abajo en el asfalto. El joven se acuclilló a su lado y dijo: «Yo creo que está muerto». Se sacó un revólver del cinto y, sin mirar, hizo fuego. Por el lado del norte relampagueaba.

Más tarde, cuando abrió los ojos, una luz intensa lo encandiló. Miró a su alrededor, y vio que las paredes giraban. Una mujer vestida de amarillo se le acercó, le tocó la mano, se inclinó sobre él, le pasó los dedos suavemente por el pelo. Sus labios se movieron, pero él no la pudo oír. La miró en los ojos, y le pareció que sus cuencas estaban vacías. «Son bonitos», pensó, y trató de decírselo, pero las palabras quedaron en su boca. La mujer le puso los dedos sobre los párpados y se los cerró. Le acarició la cara y el dorso de las manos, y se apar-

tó de él. Él sintió un estallido en el tórax. Una voz le preguntó: «¿Estás dormido?» Él asintió mentalmente, pero «Estoy muy despierto», pensó para sí. «¿Sabes quién soy?», siguió la misma voz. No trató de responder, pero comprendió que era su mujer. La habían libertado. Luego sintió otro golpe: un sonido débil. «Es mi corazón», pensó, y para sus adentros: *Es suficiente. Que se detenga.*

Para mis padres

Sobre el autor

Rodrigo Rey Rosa nació en Guatemala en 1958. Después de abandonar la carrera de Medicina en su país, residió en Nueva York (donde estudió Cine) y en Tánger. En su primer viaje a Marruecos, en 1980, conoció a Paul Bowles, quien tradujo sus tres primeras obras al inglés.

En su obra, traducida a varios idiomas, destacan los libros de relatos *El cuchillo del mendigo* (1985), *El agua quieta* (1989), *Cárcel de árboles* (1991), *Lo que soñó Sebastián* (1994, cuya adaptación cinematográfica dirigida por él mismo se presentó en el Festival de Sundance del 2004), *Ningún lugar sagrado* (1998) y *Otro zoo* (2005), reunidos, junto a algunos relatos inéditos, en este volumen *1986. Cuentos completos*; y las novelas *El cojo bueno* (Alfaguara, 1995), *Que me maten si...* (1996), *Piedras encantadas* (2001) y *Caballeriza* (2006) —reunidas en *Imitación de Guatemala. Cuatro novelas breves* (Alfaguara, 2013)—, *El material humano* (2009), *Severina* (Alfaguara, 2011) y *Los sordos* (Alfaguara, 2012), además de *La orilla africana* (1999) y *El tren a Travancore* (2002), de próxima publicación en Alfaguara en otro volumen recopilatorio de sus novelas.

Ha sido traductor de autores como Paul Bowles, Norman Lewis, Paul Léautaud y François Augiéras. Su obra le ha valido el reconocimiento unánime de la crítica internacional y el Premio Nacional de Literatura de Guatemala Miguel Ángel Asturias en el 2004.